

Creacionismo y ciencia

Prólogo/introducción: Cuando se redacta un artículo, el título del mismo puede surgir de forma espontánea y ser totalmente descriptivo, o por el contrario ser una referencia ambigua. Algo de eso último pasa en este caso. La palabra creacionismo es representativa, en este caso, de algo más de lo que significa. Muchas de las afirmaciones que a continuación haré serían igualmente aplicables a múltiples creencias religiosas, sino a todas. ¿Por qué entonces utiliza tal concepto en el título? Porque el creacionismo ha devenido en ser el paradigma de la irracionalidad por excelencia. Las afirmaciones que el creacionismo hace resultan tan absurdas que incluso muchos creyentes sienten vergüenza ante la posibilidad de ser incluidos en el mismo saco. Desgraciadamente para ellos, la creencia religiosa contiene el germen de la irracionalidad. No es posible establecer un límite entre lo que es supuestamente coherente entre religión y ciencia y lo que no. Si aceptamos como válidos algunos de los principios religiosos, no podemos después poner límites a su desarrollo. El propio concepto de dios elimina la posibilidad de establecer cualquier límite a su poder, y por tanto nos lleva a un inevitable enfrentamiento con la ciencia. De ahí la imposibilidad de considerar como viable la coexistencia entre ciencia y pensamiento religioso moderado. Si aceptamos la ciencia, esta anula el pensamiento mágico. Si aceptamos el pensamiento mágico, destruimos la ciencia. Y la religión es una forma de pensamiento mágico.

Entrando en materia: Es preocupantemente frecuente encontrar (sobre todo en Internet) defensores a ultranza del creacionismo. Terriblemente activos, mantienen sus propios foros, blocks y páginas, e interviene también en las dedicadas a la ciencia. Son como un cáncer que se extiende por el tejido social, y como él pueden causar daños irreparables.

En un mundo tan globalizado y en un medio, como Internet, que permite la comunicación y la propagación de ideas y pensamientos de forma casi instantánea a cualquier rincón del mundo, la carencia de un bagaje cultural y científico se convierte en la puerta de entrada para las más absurdas e ilógicas ideas, lo que permite una verdadera contaminación del pensamiento como si de una enfermedad vírica se tratara.

Una de las prácticas más habituales desde la educación básica hasta los estudios universitarios es la práctica del "cortar y pegar", nefasto invento que permite elaborar trabajos sin tener la más mínima idea de lo que se está presentando. Soy de la opinión que, cuanto menos, debería exigirse al alumnado la presentación de tales trabajos escritos a mano. Al menos eso les obligaría a leer lo que están presentando. El hecho es que tal práctica no solo se realiza a nivel estudiantil. Muchos de los artículos que podemos leer en las distintas páginas y blocks de Internet son el resultado de esta funesta práctica. Ello puede dar lugar a textos con un contenido totalmente desequilibrado, es decir, frases que suenan altamente técnicas y/o científicas junto con expresiones que denotan una cultura menos que elemental. Pero desgraciadamente solo pueden ser conscientes de ello quienes disponen de un cierto nivel cultural, algo que, también desgraciadamente, no es lo habitual. Quienes carecen de tal filtro son, en muchos casos, fácilmente convencidos por ese lenguaje seudotécnico o seudocientífico, tragándose anzuelo, sedal y caña. De esa forma la seudociencia, la irracionalidad, el pensamiento mágico en suma, se extiende y gana adeptos.

En este marco, uno de los métodos más habituales es equiparar ciencia y creencia, algo de lo que el creacionismo hace uso y abuso. Y la falta generalizada de entendimiento de cómo funciona la ciencia hace que tal equivalencia sea aceptada y considerada como una verdad irrefutable por muchas personas.

Y sin embargo el método científico parte de la elaboración de hipótesis inferidas de la recolección y estudio de datos, que posteriormente deberán ser sometidas a repetidos procesos experimentales que confirmen su validez, hasta que los resultados coherentes de tal experimentación den como fruto teorías estables (que no inamovibles).

La provisionalidad de tales teorías es, frecuentemente, muy mal entendida por quienes adolecen de una buena base de conocimientos científicos (aunque sean elementales). Su provisionalidad no lleva implícito que vayan a ser descartadas por nuevas teorías cuando estas salgan a la luz. Quizás uno de los mejores ejemplos sean las teorías de la gravedad. Este es un ejemplo que ya he utilizado en anteriores trabajos, pero por lo clarificador que resulta vuelvo a exponerlo. La teoría de gravedad que todos hemos estudiado en la escuela (al menos los que hemos tenido la fortuna de acceder aunque fuera a lo más básico de los principios de física) es la de Isaac

Newton, teoría que desde el siglo XVII se convierte en un elemento fundamental de la física y su desarrollo. No será hasta el siglo XX cuando una nueva teoría de la gravedad venga a sustituirla, la de Albert Einstein. Lo que produce confusión en quienes carecen del bagaje científico necesario es, probablemente, la palabra "sustitución" al entenderla como un proceso en que una nueva teoría arrincona y confiere la categoría de errónea a la anterior. Porque esta forma de entender "sustituye" es totalmente equivocada. La teoría de Einstein no arrincona y da por falsa la de Newton, ni mucho menos. La teoría de Einstein es un modelo más amplio y que contiene como caso particular la teoría newtoniana, que sigue siendo válida en el entorno adecuado (por ejemplo en el entorno de la superficie terrestre). Cabe pensar que en un futuro más próximo o más lejano, una nueva teoría de gravitación englobará a la teoría de Einstein como caso particular en un entorno más amplio que resuelva los problemas actuales en el marco de lo infinitamente pequeño.

Por otra parte, la interrelación de los distintos campos científicos es extremadamente coherente. El creacionismo, en su vertiente más dura, no solo se opone a teorías consolidadas como la de la evolución, sino también a la cosmología actual, la geología, etc., ya que no encajan en el modelo de "Tierra Joven" basado en la biblia. Por el contrario los planteamientos de tales teorías son consecuentes con los conocimientos desarrollados por la física y la química, conocimientos que han dado lugar a la mayor parte de la tecnología de que disponemos en la actualidad. Si nuestros conocimientos fueran erróneos, dicha tecnología, simplemente, no funcionaría.

Este tipo de desarrollo propio de la ciencia es totalmente opuesto al entorno de la creencia, que no requiere ni de hipótesis, ni de hechos, ni de pruebas experimentales, ni de comprobaciones. Por definición la creencia se basa en la fe, y la fe es creer sin pruebas. Por ello considerar en pie de igualdad ciencia y creencia es simplemente un hecho absurdo.

Que estamos lejos de tener todas las respuestas, nadie lo pone en dudas. Pero ello no da valor a las alternativas mágicas. Eso sería como afirmar que como no sé si dentro de un mes va a llover o no, encenderle un cirio al santo de turno (o bailar una danza, que tanto da) va a determinar que llueva (o que no llueva, según deseemos). Así pues es un claro error suponer que el desconocimiento que podamos tener sobre un tema concreto valida una interpretación mágica o religiosa. Esa es una falacia reiteradamente usada por los

creacionistas (y también los defensores de todo tipo de “teorías alternativas”).

Otra manipulación habitual de creacionistas, y en mayor o menor medida de todos los defensores del pensamiento mágico sea cual sea su modalidad, es confundir persona con idea. Así cuando se critica o simplemente se descarta una idea, se acusa a quien así actúa de falta de respeto. Pero el respeto se debe a la persona, no a sus ideas. Las ideas no son merecedoras “per se” de respeto. Serán las argumentaciones, los razonamientos lógicos los que darán valor a tales ideas. Quien así actúa, confundiendo respeto a la persona con respeto a sus ideas, o bien demuestra una clara falta de lógica, o bien actúa de forma claramente interesada queriendo confundir a quienes pueda participar en el debate del tema discutido. Ciertamente ideas que solo son merecedoras del desprecio hay muchas. Desde quienes aún hoy defienden el nazismo y sus crímenes, la homofobia, el racismo o las desigualdades sociales a quienes pretenden imponer sus modelos religiosos al conjunto de la sociedad. Todos esos planteamientos, esas ideas, carecen del más mínimo merecimiento que nos induzca a su respeto.

Si por el contrario afirmamos que las ideas expresadas por una o varias personas deben ser inherentemente respetadas, los planteamientos expuestos en Mein Kampf, y su posterior desarrollo, que llevó a la muerte a millones de personas, debería merecer tal respeto ¿Realmente puede alguien afirmar tal cosa?

El problema es que cuando hablamos de religión nos topamos con los viejos tabúes heredados de épocas pasadas y aún no superados. Si nos limitamos al cristianismo y a las religiones derivadas de la biblia, como creencias correspondientes a las sociedades dominantes en el mundo, durante cerca de dos mil años han impuesto, condicionado y limitado el desarrollo de dichas sociedades. Solo muy recientemente, apenas en los últimos doscientos años y con desigual éxito, el pensamiento laico ha logrado abrirse camino y liberarnos, parcialmente, del opresivo imperio de la religión. Aun así el viejo monstruo se resiste a morir, y en las sociedades donde tiene más poder aun condiciona el modelo social. Desde los estados musulmanes, o el estado confesional de Israel, hasta la supuesta democracia norteamericana, donde ningún candidato que se declarara abiertamente ateo tendría la más mínima posibilidad de ser elegido, son ejemplos que nos demuestran que la religión sigue presente y condicionando la realidad social.

Los creyentes parten de una supuesta supremacía moral aportada por la religión. Pero ¿Realmente existe tal supremacía? Un simple vistazo a esos 2000 años de historia nos muestra la vinculación de las distintas religiones a actos de represión, guerras, muerte y tortura. En realidad la supremacía moral brilla por su total y absoluta ausencia. Pero la coartada sigue utilizándose para exigir un respeto no merecido.

Los planteamientos religiosos, incluyendo la existencia del correspondiente dios al que se adora, no merecen más respeto que cualquier otra afirmación o idea, sea la que sea. Corresponde al creyente aportar las pruebas que respalden sus afirmaciones, algo que no ha sucedido nunca. De hecho si alguna de las múltiples creencias pudiera hacer tal cosa, no solo demostraría su realidad, sino que implicaría la falsedad de todas las demás.

La coartada del respeto a la creencia religiosa, unida a la necesidad de fe, es una clara de mostración que creencia y ciencia carecen de cualquier punto de contacto, y que atribuírselo solo puede ser considerado una falta total de conocimiento del proceso científico y/o una clara manipulación interesada de la verdad. Y por último, todo ello viene a demostrar que creencia y ciencia son antagonistas.